

PARTE A (Puntaje máximo: 50 puntos):

El fragmento que se transcribe a continuación provee los ejemplos que deben analizarse en esta parte de la prueba.

—Buenas tardes —dijo Diego Alonso, al entrar.

Dirigió un corto gesto de saludo hacia el lado del sillón —sin advertir, en el espejo, los ojos bruscamente dilatados del peluquero—, interrogó el reloj despertador que colgaba de un clavo de la pared, estrechó la mano del herrero y se sentó en una silla retacona, junto a la percha. La contenida energía que venía subrayando sus movimientos, y que aún recalcó un poco el tono de sus "buenas tardes", se disimuló en seguida en una suerte de abandono, de acostumbrada paciencia. Apoyó los codos en las rodillas, abatió la cabeza —acallando de ese modo al herrero antes de que **empezara** a hablarle— y quedó como absorto en la contemplación de sus alpargatas blancas.

Pero el dueño de "La Liberal" **había interrumpido** su tarea y, vuelto hacia él, lo miraba duramente, manteniendo en alto —como si fuera a **arrojársela**, o como olvidado de que la empuñaba— la navaja llena de jabón. Alonso sufrió, con algún sentido sin nombre, el largo, sostenido impacto de aquellos ojos, y levantó los suyos. Las miradas se encontraron; en la cara de Alonso se pintó el asombro, en la del peluquero terminó de anudarse el odio. Al cabo de un momento, la voz del último, filosa y mucho más aguda que de ordinario, partió el silencio:

—¡Todavía te animás!...

Alonso, sin desembarazarse del asombro, **contrajo** su cara en el esfuerzo de comprender; y, con la boca como tironeada hacia atrás desde las comisuras, preguntó:

—¿Qué?

—¡Todavía **te animás** a venir aquí! —gritó el peluquero.

Y tiró la navaja sobre la mesa y avanzó hasta el centro del saloncito y allí se plantó en una expectante y desarticulada actitud de pelea. El paisano —una mejilla y un lado del cuello cubiertos de espuma— se volvió, atónito, en el sillón. Diego Alonso continuó quieto en su silla baja, algo pálido, tenso y perplejo al mismo tiempo. La mirada vivaz y un mucho pueril del herrero cuestionaba alternativamente, con urgencia medrosa, a los dos hombres enfrentados. El peluquero movió sus gruesos labios como si fuera a hablar, pero no emitió sonido alguno. La voz de Alonso fue insegura:

—¿Qué te pasa?

—¿No sabés?

—No.

—¿Con **quién** pensás dormir esta noche, **decí**, con quién?

Alonso se puso de pie. Había comprendido, y el aplomo habitual regresó a él. La voz, entonces, fue nítida, casi retadora:

—No te importa. ¿Esa mujer es tuya, por si acaso?

—No; pero me importa —declaró el peluquero en un tono muy cambiado, enronquecido.

[...]

—Peor pa' vos —interrumpió Alonso, encaminándose hacia la puerta.

Pero el peluquero se interpuso, la boca todavía abierta y las manos en ademán de atajar. Alonso aprestó los puños y avanzó un paso; el otro se replegó apenas y se alzó de inmediato, y al instante relumbró en su mano el puñal corto y fino que cargaba siempre en la cintura.

—¡Te via dar! —profirió junto con el brillo vehemente de la primera puñalada.

Alonso saltó a un lado, esquivándola por centímetros, y retrocedió. A pesar de que **sabía** bien que no llevaba cuchillo —y de que hasta lo pensó, lo vio, envainado y como ajeno en el cajón de la remota mesa de luz—, tanteó y retanteó su faja. Muy pálido, retrocedió un paso más, hasta la pared.

—¡Maula! —dijo casi sin separar los dientes—. Me agarrás desarmado.

[...]

El peluquero —la cara vibrante, el puñal **inmóvil** reluciendo a la luz de la lámpara— dominaba el saloncito.

—Yo te via dar —insistió con un furor ya asordado, teñido de crueldad y cálculo.

Alonso, demudado y acorralado, miraba el puñal. La mano que lo **esgrimía** era grande, morena, de piel tirante, de articulaciones nudosas, sin vellos en el dorso. Helada pero viva, inexorable, la corta hoja de acero se le aproximó pausadamente, con la punta inclinada hacia abajo: luego giró y se elevó, rapidísima, y **relampagueó** buscándole el pecho. Alonso volvió a saltar, eludiéndola otra vez, apenas; como enajenado, vuelto solo instinto, preciso y vertiginoso, tomó y enarboló y descargó, al tiempo en que otra puñalada lo apremiaba, la silla retacona que había

ocupado. El peluquero contuvo a medias el golpe con los antebrazos, pero retrocedió tambaleándose, sin soltar el puñal. Alonso se abalanzó y alcanzó la puerta.

Mario Arregui: "Diego Alonso" en *La mujer dormida y otros cuentos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2012, pp. 12-15.

1. Clasificar las siguientes palabras por su acento prosódico e indicar por qué llevan tilde (están destacadas con negrita en el texto): *arrojársela, quién, sabía, inmóvil, relampagueó*.
2. Analizar sintácticamente las estructuras que se transcriben a continuación; si en alguna de ellas hay más de una oración explicar sus relaciones:

a. *...en la cara de Alonso se pintó el asombro...*

b. *Y tiró la navaja sobre la mesa y avanzó hasta el centro del saloncito y allí se plantó en una expectante y desarticulada actitud de pelea.*

c. *...al instante relumbró en su mano el puñal corto y fino que cargaba siempre en la cintura.*

d. *...sabía bien que no llevaba cuchillo...*

e. *La mano que lo esgrimía era grande, morena...*

3. Teniendo en cuenta su uso en el texto, indicar persona, número, tiempo y modo de los siguientes verbos (recuadrados): *empezara, había interrumpido, contrajo, te animás, declé, esgrimía*.
4. Ubicar las palabras **destacadas** del siguiente fragmento en las categorías propuestas. Si a juicio del estudiante alguna de las palabras a clasificar posee caracteres gramaticales propios de más de una clase, repetirla en cada uno de los ítems que corresponda:

...vuelto hacia él, lo miraba duramente, manteniendo en alto [...] la navaja llena de jabón.

sustantivo:

adjetivo:

artículo:

pronombre:

verbo:

adverbio:

preposición:

conjunción:

PARTE B (Puntaje máximo: 50 puntos)

5. Resumir en no más de diez renglones el contenido del texto impreso.
6. Fundamentar el uso de las comillas y de las rayas en los siguientes fragmentos:

—Buenas tardes —dijo Diego Alonso, al entrar.

Dirigió un corto gesto de saludo hacia el lado del sillón —sin advertir, en el espejo, los ojos bruscamente dilatados del peluquero—, interrogó el reloj despertador que colgaba de un clavo de la pared, estrechó la mano del herrero y se sentó en una silla retacona, junto a la percha.

La contenida energía que venía subrayando sus movimientos, y que aún recalcó un poco el tono de sus "buenas tardes", se disimuló en seguida en una suerte de abandono, de acostumbrada paciencia.

Pero el dueño de "La Liberal" había interrumpido su tarea...

7. Explicar el siguiente pasaje del texto impreso, prestando especial atención al uso de las expresiones subrayadas:

Helada pero viva, inexorable, la corta hoja de acero se le aproximó pausadamente, con la punta inclinada hacia abajo: luego giró y se elevó, rapidísima, y relampagueó buscándole el pecho.

8. Dictado de otro fragmento del mismo cuento.
9. A partir del fragmento dictado, elaborar un texto en el que se comparen las actitudes de los dos personajes.

El examen se aprueba con un puntaje mínimo de 60% de acierto.